

que perdieron pie en el estrecho pináculo del poder (la ola inmigratoria ya había borrado la relativamente amplia y cómoda mesa de la «gente bien» por sobre el abra del pueblo antiguo), y que no se reconocieron en la gran sociedad llana del nuevo pueblo. Símbolo de extraordinaria fuerza Alejandra, a quien, natural y significativamente, en esa ciudad de millones, conoce el Borges que perpetúa el patriciado en el cual todos estaban emparentados Borges-símbolo, que se suma metafóricamente a la alegórica poesía en el juego cervantesco-sabatiano de realidad y fantasía, persona y personaje (18).

La idea del héroe destructivo no germina, pues, de Wagner, sino, plausiblemente del Wagner de Nietzsche (de uno u otro modo la comparación ha producido aquí iluminaciones); los símbolos y motivos del «Informe sobre ciegos» no se relacionan tampoco con los de Wagner, sino con los del Wagner de Jung, el psicólogo que más atrajo a Sábato (19). La experiencia onírica y alucinatoria de Fernando Vidal en la casa de la placita en que está la iglesia de la Inmaculada Concepción y en las colosales cloacas porteñas contiene los símbolos primordiales junguianos, entre los que aparece el arquetipo del anciano en el aspecto negativo que Jung ilustra con la fusión del Wotan y el Hagen de la tetralogía wagneriana —la figura amenazadora de un solo ojo que persigue el enloquecido Fernando antes del ataque de los pájaros prehistóricos y de entrar el héroe en la gran caverna donde se derrumba en el sueño (20).

Al atar estos cabos se revela una estructuración del mito. Para la importancia que Sábato vio en Jung, pocas veces lo toca en sus ensayos; parece haber en ello una cierta reticencia, quizá debida a que la mitología junguiana pareció a muchos, en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, acomodarse demasiado bien con la del nazismo (Jung llegó a exigir de clientes anglosajones, antes de aceptarlos, una declaración por escrito en la que rechazaran tales imputacio-

---

(18) Bruno encuentra a Borges cerca de *La Helvética* (bar de la avenida Corrientes) y le presenta a su joven protegido Martín:

—*Es amigo de Alejandra Vidal Olmos.*

—*Caramba, caramba... Alejandra..., pero muy bien.*

(Cap. XIII, segunda parte.)

Una anécdota en la que actué ilustra esa mentalidad de antes, tan real, así como el toque maestro de que Borges conozca a la familia de Alejandra. Durante dos conversaciones con Borges, que me recibió con esa accesibilidad y exquisita fineza suyas, al oír mi apellido dijo —ambas veces, a un año de distancia—: «Vázquez, de Córdoba, sí... Usted sabe, también descende de los Bustos...» (Bustos, el gobernador de Córdoba de la época de Rosas). Aclaro que mi Vázquez, como es de suponer, vino de La Coruña; hace ya un siglo.

(19) En el artículo publicado en *Homenaje a Ernesto Sábato* (nota 14 *supra*) estudié las menciones de Jung en los ensayos de Sábato, así como la transmisión junguiana de las figuras de Wagner.

(20) Capítulo XII de «Informe sobre ciegos».

nes). Nietzsche, sin perjuicio de su universalismo y su admiración de latinos y judíos, es él mismo otra figura que hay que tomar con pinzas; superficialmente aparece contradictorio, como se acaba de ver anteriormente, aunque su intransigente honradez intelectual produce a cada página esas lúcidas vistas que han inspirado a tantos (21). Si los símbolos junguianos son de por sí sospechosos, tanto más nocivos serán en sus aspectos desfavorables que señaló el mismo Jung; en cuanto a los de Wagner, como hemos visto, Nietzsche se encargó de denunciar su naturaleza destructiva. Los mitos fortalecen a los pueblos, pero también los debilitan y destruyen; la propia Alemania nazi en nuestra terrible época mostró el tremendo poder del mito para la destrucción. De todo esto es consciente el lúcido intelectual Sábato. Asimismo me parece que se estructuró intuitivamente que las mismas figuras wagnerianas que contribuyeron a la exaltación del héroe en un lapso de terrible extravío de la humanidad, hayan provisto el mito *siniestro* para el personaje *siniestro* de la novela sabatiana (22).

---

(21) Nietzsche era hijo de un pastor protestante, cuyo recuerdo veneraba. A pesar de sus conocidos libros y aforismos anticristianos, nunca dejó de tomar el cristianismo en serio; una de las causas de su disgusto de Wagner fue que éste se aprovechara de una leyenda cristiana para componer insinceramente *Parsifal*. Creo que Ionesco apuntó en la dirección acertada: «Qu'on le veuille ou non, ni Beckett ni les grands écrivains et artistes de notre temps et des autres temps, Kafka, Dostoïevski, Céline, Borges, Proust, Faulkner, ni les philosophes comme Nietzsche ou Kirkegaard ne peuvent être compris sans la métaphysique ou la religion, sans le problème essentiel qui les a hantés, qu'ils n'ont pu résoudre et contre lequel ils se sont butés sachant qu'ils ne peuvent le résoudre» (*Antidotes* [Paris: Gallimard, 1977], p. 207).

(22) El carácter intuitivo, con algo de adivinación y mucho de incerteza, de la creación novelística no deja de ser tal ni se altera por el hecho de que la fuente de inspiración de un nuevo motivo cualquiera provenga del contenido de un poema o ensayo o novela en vez de surgir de un cuadro o una noticia periodística o una conversación con un amigo. Nótese que la estructuración de mitos que acabo de señalar en el texto implica la libertad del creador, así sea en una operación intuitiva. (Dado que no conozco la posición crítica, en esta materia, de mi colaboradora en el artículo aparecido en *Homenaje a Ernesto Sábato* [nota 14, *supra*], debo aclarar que quien es ahora una estudiosa por derecho propio, con un libro sobre Delmira Agustina publicado en Montevideo, era entonces mi estudiante de un seminario para el doctorado, durante el cual orienté a los futuros investigadores hacia Jung en lugar del consabido Freud de enfoques anteriores; Doris Stephens hizo identificaciones arquetípicas, en particular el ánima y la sombra, a mi juicio acertadas, y las agregué al artículo, incorporando en él su nombre.) Mi enfoque en ese trabajo no es el llamado arquetípico, de arrolladora moda en el ámbito universitario anglosajón hasta hace unos quince años, pues no intenta un análisis del inconsciente del autor ni recalca un carril mental de símbolos (sobre los que no se pone de acuerdo ningún «científico») por el que rodaría fatalmente todo el mundo, sino que señala tradiciones e implica inevitables influencias, en una orientación hacia las fuentes que con frecuencia ilumina la obra y que se concilia con las actitudes críticas que han vuelto a afirmarse en la teoría literaria (siempre se mantuvieron en la investigación seria). Y creo que con este reconocimiento sale ganando el arte y el poeta, a pesar de los escrúpulos teóricos de hace medio siglo que se divulgaron en el exitoso texto de Wellek —quien hace rato se retractó compungidamente de esa parte de su *Theory of Literature*—; W. Kayser, más culto y mejor formado —mejor integrado en el pensamiento fenomenológico—, nunca cayó en esa trampa (subcapítulo sobre «asunto» de su clásico texto de Gredos). Claro que no estoy refiriéndome a las excursiones, meros esfuerzos de materiales descubrimientos, de la antigua crítica positivista. Lo diré como lo veo para la relación psicología-literatura cuando la teoría precede al poeta: Cervantes se valió de la ciencia de Huarte como de la teoría temperamental de su época, reveladora entonces, pero al quedar ésta relegada a mera etapa histórica debido a las nuevas revelaciones cien-